

## CAPÍTULO X

### La Simpatía.

---

La secreta simpatía, el argentino eslabón, el sedoso nudo, es lo que puede unir en cuerpo y alma un corazón á otro corazón, una mente á otra mente. — WALTER SCOTT <sup>1</sup>.

Pídote que me des un amor atento, sabio por su observación constante, un corazón que no se ocupe de sí mismo, para calmar y simpatizar. — MISS WARING <sup>2</sup>.

El hombre es caro al hombre: el más pobre de los pobres anhela tener algunos momentos en una vida abrumada, cuando puedan conocer y sentir que ellos mismos han sido los padres y distribuidores de alguna pequeña bendición: que han sido bondadosos hacia aquellos que necesitaban de bondad, por la sencilla razón, de que todos nosotros tenemos un corazón humano. — WORDSWORTH <sup>3</sup>.

La simpatía es uno de los grandes secretos de la vida. Vence al más empedernido corazón, y desarrolla la parte mejor del alma, y fortalece el bien. Desarma la resistencia, ablanda la

1. It is the secret sympathy,  
The silver link, the silken tie,  
Which heart to heart, and mind to mind,  
In body and in soul can bind. — SIR W. SCOTT.
2. I ask Thee for a thoughtful love,  
Through constant watching wise,  
A heart at leisure from itself,  
To soothe and sympathise. — MISS WARING.
3. Man is dear to man: the poorest poor  
Long for some moments in a weary life,  
When they can know and feel that they have been  
Themselves the fathers and the dealers-out  
Of some small blessings: have been kind to such  
As needed kindness, for the single cause,  
That we have all of us one human heart. — WORDSWORTH.

naturaleza humana. Es una de las grandes verdades sobre las que está basado el cristianismo. « Amaos los unos á los otros », es un evangelio suficiente para renovar al mundo.

Se refiere de san Juan que cuando estaba muy viejo — tan anciano que no podía caminar y que apenas podía hablar — fué llevado en brazos de sus amigos á una reunión de niños cristianos. Se puso de pie y dijo : « Niños, amaos los unos á los otros. » Cuando se le preguntó : « ¿No tenéis nada más que decirnos? » contestó : « Digo esto una y otra vez, porque si lo hacéis, no hay necesidad de otra cosa. »

La misma verdad tiene aplicación universal. La simpatía está fundada sobre el amor. Es otra palabra de desinterés y afecto. Nos apropiamos el estado del espíritu de otro ; salimos de nosotros mismos y vivimos en otra individualidad. Simpatizamos con ella ; la consolamos. No puede haber amor sin simpatía ; no puede existir amistad sin simpatía. Lo mismo que la misericordia, son dos veces benditas la simpatía y la benevolencia, bendiciendo tanto al que da como al que recibe. Mientras producen un fruto abundante de felicidad, en el corazón del que da, crecen en bondad y benevolencia en el corazón del que recibe.

« Frecuentemente hacemos más bien, dice el canónigo Farrar, con nuestra simpatía que con nuestros trabajos, y prestamos al mundo un servicio más duradero por la ausencia de los celos y el reconocimiento del mérito, de lo que nunca podríamos prestar por los esfuerzos mayores de la ambición personal... Un hombre puede perder posición, influencia, riqueza, y hasta la salud, y sin embargo, continuar viviendo convenientemente, si lo hace con resignación; pero hay una cosa sin la cual la vida se convierte en una carga : la simpatía humana. »

Es verdad que no siempre son recibidas con gratitud las acciones bondadosas, pero esto no debe nunca desviar al que auxilia. Ésta es una de las dificultades que tenemos que vencer en nuestro conflicto con la vida. Hasta el más degradado es acreedor á la ayuda mutua que todos los hombres se deben entre sí. Debe recordarse, como lo ha observado Bentham con

tanta verdad como profundidad, que la felicidad del hombre cruel es una parte integrante de toda la felicidad humana, tanto como la del mejor y más noble de los hombres. Además, el hombre no puede hacer bien ó mal á sus semejantes sin causarse mal ó bien á sí mismo.

Probablemente no existe una influencia más poderosa que la simpatía para despertar los afectos del corazón humano. Hay pocos, hasta en las naturalezas más ásperas, en quienes no influya. Contiene mucho más de lo que pudiera hacerlo la fuerza. Una palabra cariñosa ó una mirada cariñosa, tendrán efecto sobre aquellos en quienes la fuerza ha sido probada en vano. Mientras que la simpatía convida al amor y á la obediencia, provoca aspereza la aversión y la resistencia. Tiene razón el poeta que dice que « la fuerza misma no tiene la mitad del poder de la dulzura ».

Cuando á la simpatía le es permitido tomar un campo más vasto, asume la forma más amplia de la filantropía pública. Influye en el hombre con el propósito de elevar á sus semejantes de un estado de pobreza y aflicción, de mejorar la condición de las masas populares; de difundir los resultados de la civilización por todas partes entre la humanidad, y de unir con los lazos de la paz y de la fraternidad á las familias separadas de la raza humana. Y es deber de todo hombre, cuya suerte, ha sido favorecida en comparación con la de otros, que goza de las ventajas de la riqueza, ó del saber, ó de la influencia social, de que otros están privados, consagrar por lo menos una parte de su tiempo y de su dinero al adelanto del bienestar general.

No es gran poder de dinero, ó gran poder intelectual lo que se necesita. El poder del dinero se estima por de más. Pablo y sus discípulos divulgaron el cristianismo en la mitad del imperio romano, con poco más del dinero que se gana por medio de un bazar elegante. Las grandes doctrinas sociales del cristianismo están fundadas sobre la idea de la fraternidad. « Haced á los demás lo que quisierais que se hiciera con vosotros. » Cada uno debe ayudar al otro; el fuerte al débil, el

rico al pobre, el instruido al ignorante; y, para invertir el orden, aquellos que tienen menos, tampoco deben dejar de ayudar á los que tienen más. Todo depende de más elevados grados de poder, porque los discípulos no hacen á sus maestros, ni los ignorantes y desvalidos á aquellos que tienen que instruirles y ayudarles.

El hombre puede hacer de la vida lo que quiere. Puede darle tanto valor, para sí y para los demás, como poder le ha sido dado. Cuando las circunstancias no están contra él, tiene un dominio completo sobre su naturaleza moral y espiritual. Puede hacer mucho para sí mismo, y todo lo que da Dios debe pasar por el hombre y sus propios esfuerzos, como si fuese su propia obra personal. Aunque podamos recurrir á nuestro entendimiento para obtener entretenimiento, solamente en los afectos es en lo que debemos confiar para la dicha. Esto implica un espíritu de sacrificio de sí mismo, y nuestras virtudes, como nuestros hijos, se nos hacen más queridos por lo que sufrimos por ellos. « El secreto de la influencia de mi madre, dice la señora Fletcher en su *Autobiografía*, fué bien expresado por su antiguo amigo el doctor Kelvington de Ripon, y puede perfectamente llamarse la nota fundamental de su vida. » Dice el Doctor en una de sus cartas á ella dirigida cuando tenía diez y siete años: « Nunca he conocido una persona amada tan tierna, verdadera y universalmente como lo sois vos, y creo que esto dimana de vuestro *poder para querer*.

Los hombres á quienes más se debe compadecer son aquellos que no tienen dominio sobre sí mismos, que no tienen el sentimiento del deber para con los demás, que peregrinan una existencia en busca de su propio placer, ó que, aun mientras ejecutan buenas acciones, lo hacen así por motivos bajos, por consideración á una satisfacción mental, ó por temor de los reproches de la conciencia. Algunos de aquellos que están engreídos con sus sentimientos delicados se aman extremadamente á sí mismos, pero tienen poco miramiento para aquellos que están á su alrededor. Son muy corteses para con los extraños; pero seguidles á sus casas, y ved cómo se conducen

con los de su familia. Muy triste es la historia referida por el difunto deán Ramsay, de un niño á quien se le habló del cielo, y de que allí se encontraría con los que habían muerto. « ¿ Y estará papá allí? » preguntó. Al contestársele que « por supuesto, allí había de estar », replicó en el acto el niño: « Entonces no quiero ir allá. »

La falsa simpatía es muy común. Dice Sharpe que una de las más serias objeciones hechas á las obras patéticas de ficción es que, tienden á crear el hábito de sentir lástima ó indignación sin que en realidad alivie miseria alguna ó resista á la opresión. Así fué cómo Sterne pudo simpatizar con un mono muerto, y dejar que su mujer se muriese de hambre. Montaigne habla de un hombre igualmente extraordinario « qui ait des opinions supercelestes, sans avoir des mœurs souterraines ». En los profundos discursos de Butler, están muy bien reveladas y vituperadas estas falsificaciones de la verdadera benevolencia.

« Goethe, dice el profesor Bain evitaba el contacto con el sufrimiento, porque le causaba pena y le sacaba de quicio; probando claramente que tenía la mayor aptitud posible para comprender las miserias de sus semejantes, pero rehusaba terminantemente toda ocasión en que pudiera ser llamado para ese objeto <sup>1</sup>. »

En las obras de san Agustín, de Baxter, de Jonatán Edwards, y de Alejandro Knox, hallará el lector cuán grande lugar tienen los afectos religiosos en sus apreciaciones de la divina verdad, lo mismo que en el deber humano. Dice el último de ellos: « Lo que aviva más la compasión es la simpatía; por ninguna otra cosa y por ningún otro medio puede ser más excitada. El corazón debe obrar sobre el corazón; porque es la esencia misma de todo trato con el corazón la idea de una persona que vive. » La verdadera virilidad puede existir solamente cuando el bien se busca por amor á él, ya sea como una ley reconocida de mero deber, ó por el sentimiento de la avasa-

1, BAIN, *Sobre el estudio del carácter*.

lladora belleza de la virtud. Tan sólo esto ejerce un efecto recíproco sobre el carácter humano.

Los hombres se regeneran, no tanto por la verdad en lo abstracto, cuanto por la divina inspiración que emana de la bondad y de la simpatía humana. Éste es el sello de la naturaleza que « vincula á todo el mundo ». El hombre que se arroja en la existencia de otro, y que empeña sus mayores esfuerzos para ayudarle de todos modos, social, moral y religiosamente, pone en juego una influencia divina. Está cubierto con la más fuerte salvaguardia. Reta al egoísmo. Sale de su prueba humilde pero noble. El canónigo Mozley ha mostrado con mano maestra que el principio de la compasión y de la ayuda mutua, que convierte en placer lo que es de incalculable ventaja para la sociedad, el alivio del dolor y de la miseria, fué un descubrimiento del cristianismo, un descubrimiento igual al de un nuevo principio científico.

Los mejores y más nobles de entre los hombres son simpáticos. El obispo Wilberforce se distinguía por su poder de simpatía. Fué preguntado á un amigo : « ¿Cuál es el secreto del éxito de Wilberforce? — Está en su poder de simpatía, » contestó. Era magnánimo, generoso y liberal. Marchaba con la línea recta, y ponía todo su corazón y su alma en cualquier proyecto que tuviese por fin el bien. Tomaba la dirección en toda prueba que le pareciera digna de experimentarse. Y el éxito fué su resultado.

La simpatía es la facultad de sentir por los que sufren, por las dificultades y el desaliento de los demás. Se dijo de Norman Macleod que la simpatía era la primera y la última cosa en su carácter. ¡ Hallaba en la humanidad tanto que le interesaba! El hombre ó la mujer más común producía alguna contribución de humanidad. « Cuando venía á verme, decía un herrero, hablaba como si él mismo hubiese sido un herrero, pero nunca se iba sin dejar á Cristo en mi corazón. » El hombre, sobre todo, es el punto central de la acción humana, de modo que aquello que hubo en él y salió de él, es lo único importante. El hombre que durante su vida en la tierra sim-

patiza y es diligente, está siempre asociado á los otros con sus sentimientos; y sin embargo, andamos solos sobre el más importante camino que conduce fuera de los límites del estado terrenal.

Quando iba á emprender su trabajo en la baronía de Glasgow, dijo Norman Macleod : « Necesitamos hombres que lo sean realmente; no sus libros ó su dinero solamente, sino á ellos mismos... Los pobres y los necesitados, los desnudos y desheredados, los pródigos y los contritos de corazón, pueden ver y sentir, lo que nunca han visto en este mundo, el amor que brilla con serenidad en esa mirada, dando á conocer la luz interna y la paz poseída, y un lugar de reposo hallado y disfrutado por el abrumado corazón. Podrán comprender y apreciar el completo desinterés — para ellos cosa de que hasta ahora ni siquiera la han soñado — que le ha impulsado á hacer una visita saliendo de un hogar lleno de comodidad y de elegancia, para una morada desconocida, de inmundicia y de enfermedades, y que se expresa en aquellas benévolas palabras delicadas saludos que acompañan á sus ministros. » Estas palabras dan á comprender el plan general de su labor en la baronía de Glasgow.

« Yo creo necesaria, dijo él en otra ocasión, una cuidadosa educación de nuestro pueblo, que lo ponga en estado de poder cumplir sus deberes individuales, tales como un trabajo constante, conservación de la salud, sobriedad, bondad, prudencia, castidad, sus deberes domésticos como padres, sus deberes como miembros de la sociedad en el trato cortés y honrado, el cumplimiento de sus compromisos, la obediencia unida con la independencia como obreros; sus deberes para con el Estado, ya sean con respecto á sus gobernantes ó á los que administran la ley, con algún conocimiento sobre la historia y el gobierno de su país, que sobre puntos como éstos ha sido muy descuidada su educación, y necesita ser mejorada muy extensamente, y fundada y saturada con los principios del cristianismo. »

Las palabras del doctor Macleod podrían aplicarse igualmente

á Londres, la más rica y también la ciudad más pobre del mundo. Pocas personas conocen el este de Londres, con su desbordante masa de pobreza, de vicio y de miseria. Algunos dan su dinero para educar al pueblo, pero pocos le dan su tiempo y su entendimiento. Era una excepción de esto el finado Eduardo Denison. Se lanzó con alma y corazón al trabajo de reformar á los pobres del este de Londres. Estableció bancos de peniques entre ellos, sabiendo que el primer paso para corregir á un hombre es el de disputar sus ahorros á las casas de bebidas alcohólicas, y hacerle que cuide de su familia como igualmente del porvenir. Estableció escuelas, gabinetes de lectura y una iglesia. Hasta cierto punto elevó á estas personas de la miseria al bienestar. Pero ¿qué era él entre tantos? « ¡Cuán monstruosa cosa, es dijo, que en el país más rico del mundo, sean condenados anualmente al hambre y á la muerte grandes masas de población!... La verdad es que hemos aceptado la maravillosa prosperidad que nos ha sido concedida en los últimos veinte años, sin reflexionar en las condiciones unidas á ella, y sin habernos vigorizado para el esfuerzo y el sacrificio que requiere su cumplimiento. » Denison no pudo hacer sino el comienzo. Murió antes que pudiera cosecharse el fruto. Pero si hubiere alguno dispuesto á seguir sus huellas, existe aún el campo del deber que él señalara.

Oíd el clamor de José de Maistre al fin de su penosa y esforzada existencia. « Ignoro lo que será la vida de un bribón — yo nunca lo he sido — pero la vida de un hombre honrado es abominable. ¡Cuán pocos son aquellos cuyo paso sobre este loco planeta ha sido marcado por acciones realmente buenas y útiles! Inclínome hasta el suelo ante aquel de quien se puede decir: *Pertransivit benefacendo*<sup>1</sup>; que ha conseguido instruir, consolar y auxiliar á sus semejantes; que ha hecho verdaderos sacrificios sólo por hacer el bien: esos héroes de la silenciosa caridad que se esconden y nada esperan en este mundo

1. Caminó dejando el bien tras de sí.

¿Pero cuál es la carrera de la generalidad de los hombres? y entre mil ¿cuántos hay que puedan preguntarse sin terror: ¿Qué he hecho en este mundo? ¿en qué he ayudado en la obra general? y ¿qué queda de mí, ya sea bueno ó malo? »

Las últimas palabras que pronunció el juez Talfour fueron éstas: « Si se me preguntara cuál es la gran falta de la sociedad inglesa para poder mezclar una clase con la otra, yo diría en una palabra: La falta está en la falta de simpatía. » Éste es el mal principal de nuestra época. Existe un vacío que se ensancha cada vez más y que divide las varias clases de la sociedad. El rico evita al pobre, el pobre huye del rico; unos rehusan su simpatía y su dirección, los otros rehusan su obediencia y su respeto.

En vez del antiguo principio de que el mundo debe ser gobernado por una tutela de bondad y de seriedad, en la que las irregularidades de fortuna son reparadas por la caridad y el afecto espontáneos de aquellos que han nacido en mejores condiciones, hay hoy la regla de que el interés propio sin consideración alguna para los demás, es la estrella polar de nuestra esfera terrestre, y que todo lo que se oponga debe ser pisoteado por nuestras hambrientas herraduras.

La simpatía desaparece entre los que emplean y los que son empleados. En las grandes ciudades manufactureras viven separados los patrones y los obreros. No se conocen entre sí. No tienen simpatía los unos por los otros. Si los obreros quieren sueldos más altos, resulta una huelga, si los patrones quieren sueldos más bajos, hay una vigilante alarma. Hay cábalas por ambas partes. En seguida se propone una conferencia, algunas veces con buen resultado, y otras con maló. La agitación sigue, y se dicen cosas duras. Algunas veces prenden fuego á las casas de los patrones y sus carruajes son quemados; son llamados en auxilio los dragones y la infantería, y sigue una suspensión de hostilidades; pero ¡cuánto daño se ha causado á la cabeza y al corazón de ambas partes!

¿Y qué diremos del servicio doméstico? La necesidad de la simpatía ha muerto, por lo menos en las grandes ciudades.

Continúa un cambio constante; un lote de sirvientes reemplaza al otro. A pesar de eso, el vivir de las familias no puede ser llevado por los principios de mero tráfico: tanto dinero, tanto servicio. Cuando entran en nuestras casas los sirvientes deberían ser considerados, en cierto modo, como miembros de la familia. Ahora es muy diferente lo que acontece; la sirvienta á pesar de que su ayuda es esencial para nuestro bienestar diario, es considerada tan sólo como una persona alquilada, que hace el trabajo que le es designado por tantas monedas corrientes. Vive en la cocina y duerme en la guardilla. Con el espacio intermedio nada tiene que hacer ella, excepto el trabajo que corresponde allí. No existe simpatía alguna entre el que emplea y el empleado, como si habitaran en países diferentes y hablaran distintos idiomas.

Dice una señora escribiéndonos respecto de Ana Mackay, quien vivió con Roberto Dick, su amo, sin sueldo ni recompensa, y que no quiso recibir sueldos bajos después de la muerte de él: « Su espíritu independiente es en realidad digno, y desgraciadamente se está haciendo cada día más raro entre nuestras gentes del campo. Es un privilegio poderlo apreciar donde exista aún, porque las cosas ruedan hoy con tan incesante y rápido cambio, que todas las ideas están completamente subvertidas. La clase de apego que tenía por su amo, concluyendo con ella y su generación, me temo que será un sentimiento desconocido en la que se está formando. Á veces me exaspero al oír hablar y al leer las reflexiones que se hacen sobre la falta de simpatía por parte de los amos para con sus sirvientes como si pudiéramos contener las frecuentes relaciones que los ferrocarriles, los vapores y un poquito de estudio han producido en los sentimientos de los sirvientes hacia nosotros. Aspiran á un cambio, y no pueden estar satisfechos sin él. »

La falta de simpatía mina la sociedad. No nos conocemos unos á otros, ó no nos miramos con interés mutuo, como debiéramos hacerlo. El egoísmo está echando profundas raíces. Nos volvemos endurecidos é indiferentes con nuestro anhelo

por el placer ó por la riqueza. Toda persona está ansiosa para adelantar á su raza, sin consideración á los sentimientos de los demás. No pensamos en ayudar para que sigan adelante, á aquellos que tienen cargas más pesadas que nosotros mismos. Las últimas palabras del juez Talfourd señalaban el mal de una condición semejante. Hace que el hombre mire indiferente el fraude y el crimen. No reconociendo la fraternidad de la raza, sólo buscan egoísta y sutilmente su propio interés pasando sobre el cuerpo y el alma y sobre las vidas y propiedades de los demás.

Al hombre ocioso y egoísta poco le importa el resto del mundo. Nada hace para ayudar al desvalido ó al desamparado. « ¿Qué me importan? dice; que cuiden de sí mismos. ¿Por qué les he de ayudar? ¡Ellos nada han hecho por mí! ¿Que sufren? Siempre habrá sufrimientos en el mundo. Lo que no puede ser curado tiene que ser sufrido. ¡Lo mismo será dentro de cien años! »

« ¿Qué me importa? » difícilmente puede ser despertado por una voz de los muertos. Está tan ocupado con sus placeres, sus negocios, ó su ociosidad, que no quiere prestar atención á las urgentes demandas de otros. Le fastidian las discusiones sobre la pobreza, la ignorancia, ó el sufrimiento. « Que trabajen, dice, ¿por qué los he de mantener? Que se ayuden como puedan. » El perezoso es un animal enérgico comparado con él. « ¿Qué me importa? »

Pero á « ¿qué me importa? » no se le deja ir tan fácilmente como se lo imagina. El hombre que mira con indiferencia á los demás, que no simpatiza y ayuda á los otros, es perseguido muy frecuentemente con una justa retribución. No le importa el impuro aire pestilencial respirado por los moradores de casas que están á algunas cuadras de la suya; pero la fiebre que ha sido engendrada allí va flotando á su casa y le arranca á aquellos que le son más queridos. No le importa la criminalidad, la ignorancia y la pobreza amontonada allí; pero el ladrón y el bandido le encuentran en su retiro. No le importa el pauperismo; pero tiene que pagar semestralmente

la contribución pesada para el sostén de asilos de desvalidos. No le importa la política: pero hay una contribución directa, que es una contribución de guerra; y á pesar de todo, se dice: « ¿Qué me importa que ésta no sea una política barata, después de todo? »

« ¿Qué me importa? » fué el hombre que tuvo la culpa de la conocida catástrofe: « Por falta de un clavo se perdió la herradura, por falta de la herradura se perdió el caballo, y por falta del caballo se perdió el hombre. » Gallio era un « ¿qué me importa? » de quien se nos refiere que « no le importaba ninguna de estas cosas ». Los « ¿qué me importa? » como Gallio tienen generalmente un mal fin.

Los economistas políticos dicen que las relaciones entre el patrón y el empleado son simplemente un pacto de dinero: tanto servicio, tanto sueldo. En los cálculos de los economistas es éste indudablemente el contrato que ellos tienen que reconocer. Pero el moralista, el filósofo, el estadista, el hombre, debiera reconocer en las posiciones de patrón y sirviente un lazo social que impone á las partes ciertos deberes y afecciones que nacen de sus simpatías comunes como seres humanos, y de las posiciones que ocupan respectivamente. Debiera haber afecto por ambas partes, con el respeto debido á seres mortales. Sin esta clase de respeto, que solamente puede existir donde ha penetrado la idea de la verdadera dignidad como alma viviente, no solamente en las convicciones sino en los sentimientos, es vana la esperanza de un mejoramiento de la condición social.

« ¡Sí! dijo Sydney Smith, ¡él pertenece á la escuela utilitaria! Es un hombre tan duro que le podría pasar encima un carro con anchas ruedas, sin que le produjera impresión alguna. Si le hicierais agujeros con un barreno, estoy convencido que de él saldría aserrín. Esa escuela trata á los hombres como si no fuesen más que meras máquinas; los sentimientos ó el corazón jamás entran en sus deliberaciones. »

¿Á dónde han ido á parar nuestra honradez, lealtad y desinterés? La fidelidad parece ser un arte perdido. Ahora todo

es cuestión de dinero. El respeto mutuo se ha ido. « Aquel que no respeta, no es respetado, » dice Hérbert. Tenemos que retroceder á los tiempos pasados para encontrar nuestras máximas directoras. El obrero no respeta al patrón, y el patrón no respeta al servidor. Durante muchos años ha recibido en este país el obrero sueldos mayores que los que se daban generalmente en el resto de Europa. Ese tiempo ha pasado. Los ferrocarriles y los buques de vapor tienden á hacer casi igual los sueldos de todos los países. Ha llegado la época en que todas las clases tendrán que comenzar un sistema nuevo de vida.

No es tanta cultura literaria lo que se necesita, sino hábitos de reflexión, cuidado y economía. La riqueza no puede comprar los placeres elevados. Es el corazón, el gusto, y el criterio, lo que regula la felicidad de un hombre, y le conduce á la más elevada forma de ser. Dice Burns:

It's no in titles nor in rank;  
It's no in wealth like Lon'on Bank,  
To purchase peace and rest;  
It's no in macking muckle mair;  
It's no in books; it's no in lear,  
To make us truly blest:  
If Happiness hac not her seat  
And centre in the breast,  
We may be wise, or rich, or great,  
But never can be blest<sup>1</sup>.

Y un gran pensador ha dicho que hay tantas desdichas más allá de las riquezas como las que existen del lado de acá. El hombre rico ha perdido el espíritu de hacer frente á las dificultades en sus esfuerzos para llegar á la fortuna que ha realizado. Pero ¿qué deberá hacer con lo que ha ganado? Si no

1. « No les es dado ni á los títulos ni al rango, ni á la fortuna, aunque fuera igual á la del Banco de Londres, poder comprar la paz y el reposo; no es atesorando, ni en los libros, ni con la erudición, con lo que podremos hacernos verdaderamente dichosos: pues si la felicidad no tiene su asiento y su centro en el corazón, podremos ser sabios, ó ricos, ó grandes, pero dichosos jamás. »

tiene otro recurso más que los medios de acumular dinero, sólo es un desdichado. Le pasará lo que al rico vendedor de velas de sebo, cuyo único placer consistía en ir á su viejo almacén « en los días en que derretían grasa y hacer velas ». No ha sido educado de modo que pueda encontrar placer en los libros, para poder ver con interés los progresos de la ciencia, para poder penetrar en las muchas sendas que conducen al alivio de los afligidos. Y, sin embargo, tiene en su mano una vara de mágico poder, tiene dinero para socorrer á la miseria y para proveer á las necesidades de los que se mueren de hambre. Puede acallar el clamor de hambre. Puede alegrar el corazón de la viuda y del huérfano. Pero ¡no! Quiere más el dinero que ha adquirido, que el socorro de los desvalidos y de los miserables.

Cuanto menos pretendamos, cuanto más ajustadamente vivamos, tanto más felices seremos; porque una vida sin egoísmo mata los vicios, apaga los deseos, fortalece el alma y eleva el espíritu hacia cosas más altas. « Cuantas menos cosas necesite un hombre, dijo Sócrates, tanto más próximo está de Dios. » Cuando estaba en su lecho de muerte Urbino, el sirviente de Miguel Ángel, le velaba día y noche el anciano escultor, á pesar de sus propias dolencias, y escribió lo siguiente á su amigo Vasari: « Amigo mío, tengo que escribiros enfermo, pero debo contestar á vuestra carta. Sabréis que Urbino ha muerto. Éste ha sido para mí á la vez un favor que me ha concedido Dios, y un motivo de amarga pena; un favor, porque aquel que en vida me cuidaba, me ha enseñado á morir, no solamente á morir sin pesar, sino hasta desear la muerte. Vivió conmigo durante veinte y seis años, siempre fué bueno, inteligente y fiel. Yo le había enriquecido, y en el momento en que creía tener en él un apoyo para mi avanzada edad, se me va dejándome tan sólo la esperanza de volverle á ver en el cielo. »

Dionisio, el cartujano, habló del modo siguiente á las personas casadas: « Obrad y hablad á vuestros sirvientes como quisierais que otros lo hiciesen con vosotros si fueseis sirvientes. El amo y la señora deben manifestarse para con sus

servientes, amantes, pacientes, humildes y apacibles, siendo al mismo tiempo justos. Nunca deben hablarles con orgullo ó altivez; pero si se comete alguna falta en la familia deberán soportarla pía y pacientemente, ó con caridad para corregirla, teniendo presente cuántas faltas son cometidas por los sirvientes, y que sin embargo Dios tiene piedad de ellos. »

No es únicamente por nosotros para quien trabajamos y luchamos. También lo hacemos para los demás como por nosotros. Existen leyes morales, lazos de familia, afectos domésticos, gobierno y dirección del hogar, que están sobre un nivel más elevado y se hallan basados sobre consideraciones más nobles que los placeres egoístas ó el pago en dinero. Debemos cuidar de cómo dejamos que se fijen en nosotros nuestras miras. « Ninguno, dice Epitecto, que sea amante de las riquezas, ó amante del placer, ó de la gloria, puede ser al mismo tiempo amante de los hombres. » « Ser amante de los hombres, dijo san Antonio, es en verdad, vivir. » Por eso el amor es el principio universal de lo bueno. Está glorificado en la inteligencia humana. Es el único remedio para las penas de la raza humana. Es dulce, en la acción, en el saber, en la filosofía, en las maneras, en la legislación, en el gobierno.

El amor á la bondad ó excelencia es inseparable del espíritu de inconcordante execración de todo lo que es bajo y criminal. Describe Foissart á Gastón de Foix como « que era en todo tan perfecto, que no puede ser suficientemente alabado; amaba aquello que debía ser amado, y odiaba aquello que debía ser odiado ». San Agustín dice casi lo mismo: « La virtud no es más que el amor bien aplicado, que nos induce á amar lo que debe ser amado, y á odiar aquello que es digno de ser odiado. »

« ¿Qué es la templanza, dijo otro teólogo, sino el amor que ningún placer seduce? ¿Qué es la prudencia, sino el amor que ningún error induce? ¿Qué es la fortaleza, sino el amor que sufre con valor las cosas adversas? ¿Qué es justicia, sino el amor que suaviza por cierto encanto las asperezas de la vida? » Los estoicos reconocían este maravilloso poder. « Antes del